No soy tu intermedio

Ella no quiere tus ratos libres. Quiere un lugar en tu vida.



Laura Bellini

No soy tu intermedio

Ella no quiere tus ratos libres. Quiere un lugar en tu vida.

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384904305

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - El tiempo que no voy a ceder 12
Capítulo 2 - Espacio para dos voces 23
Capítulo 3 - Cuando la orquesta enmudece 36
Capítulo 4 - Todo lo que no está escrito en las partituras 49
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 63
Capítulo 6 - El primer beso 75
Capítulo 7 - Entre un compás y otro 88
Capítulo 8 - Al otro lado del escenario 99
Capítulo 9 - El riesgo escrito en el silencio 109
Capítulo 10 - Cuando decides quedarte 120
Capítulo 11 - Una mañana sin partitura 131
Capítulo 12 - La hora que no existía 143
Capítulo 13 - El precio de los propios sueños 152
Capítulo 14 - La verdad entre nosotros 163
Capítulo 15 - No soy tu intermedio 174
Capítulo 16 - El silencio que no puede ahogarse 187
Capítulo 17 - Una vida que no puede esperar 199
Capítulo 18 - Un espacio que hay que crear 210
Capítulo 19 - No basta con decirlo 220
Capítulo 20 - Nuestro ritmo compartido 231

INTRO

Vi a Sergiusz Wilk por primera vez a las diez y diecisiete de la noche, mientras estaba subida a una escalera, con una grapadora de tapicería en una mano y un trozo de terciopelo azul marino en la otra, empeñado en no caer de la manera en que debía.

No era precisamente el mejor momento para conocer a alguien. Llevaba el pelo recogido con un lápiz, una mancha de grafito en la mejilla y, en el bolsillo del pantalón, un teléfono que llevaba diez minutos recordándome que ya debería estar en casa. Al día siguiente, a las ocho y media de la mañana, tenía una presentación del proyecto de escenografía para un nuevo teatro de Varsovia. Un encargo por el que llevaba trabajando cuatro meses. Mi primera oportunidad de verdad para dejar de ser la mujer que salvaba los decorados de los demás y empezar a firmar mis propios proyectos con mi apellido.

Sin embargo, allí estaba, entre bastidores de una pequeña sala de conciertos de Łódź, donde se preparaba un festival de ópera de cámara. El telón tenía el color del cielo nocturno, olía a madera recién cortada y a polvo, y uno de los focos se empeñaba en apagarse después de cinco minutos de funcionamiento.

—Baje de la escalera, por favor.

La voz sonó a mis espaldas. Grave, tranquila, acostumbrada a dar órdenes que nadie cuestionaba.

No me volví.

—Espere un momento, por favor.

—Podría ser peligroso.

—Mucho más peligroso sería inaugurar el festival con un telón que parece una cama mal hecha.

Oí una breve carcajada, sofocada casi de inmediato. Solo entonces miré hacia abajo.

El hombre estaba de pie a unos pasos de la escalera. Llevaba una camisa blanca con las mangas remangadas, pantalones oscuros y una americana doblada sobre el antebrazo. Su cabello oscuro parecía haber pasado muchas veces por sus propios dedos. No tenía esa elegancia estudiada que exige esfuerzo. Más bien daba la impresión de ser alguien que había olvidado que los demás se fijaban en su aspecto.

Me observaba con interés, pero sin el menor rastro de incomodidad.

—Sergiusz Wilk —se presentó.

Conocía su apellido. Durante la última semana lo había oído decenas de veces. Director de orquesta, treinta y siete años, pilar musical del festival, un hombre que, según decían, tenía un oído extraordinario y una paciencia bastante menos extraordinaria.

—Emma Borek. Escenografía.

—Me lo había imaginado.

—¿Por la escalera?

—Porque habla usted con el telón como si pudiera entenderla.

—Al menos no me interrumpe.

Sonrió. No abiertamente, sino apenas con una comisura de los labios, como si quisiera reservarse aquella reacción para sí mismo.

—Necesito el escenario durante veinte minutos.

Miré el reloj.

—Y yo todavía lo necesito durante cuarenta.

—Ensayo de la orquesta.

—Montaje del decorado.

—Inauguramos el festival dentro de tres días.

—Lo sé. Por eso estoy aquí en lugar de estar durmiendo.

Durante un instante nos observamos en silencio. Finalmente, Sergiusz dejó su americana sobre una butaca de la primera fila y se acercó.

—¿Qué es exactamente lo que falla?

La pregunta me sorprendió. La mayoría de las personas que entraban en el escenario durante el montaje solo veían desorden. Él estaba mirando la tela, los puntos de suspensión y la iluminación.

—El lado izquierdo cuelga cuatro centímetros más abajo. Cuando encendamos el foco lateral, el pliegue proyectará una sombra sobre el rostro de la solista.

—¿Durante su segunda entrada?

Giré la cabeza hacia él.

—¿Conoce la disposición de la escena?

—Ayer estuve viendo el proyecto.

—¿Y recordó la posición de las luces?

—Recordé que había planeado dejarlo todo a oscuras precisamente donde la música se vuelve más delicada.

No respondí enseguida. Estaba acostumbrada a directores que consideraban la escenografía un obstáculo costoso entre ellos y la orquesta. Sergiusz hablaba de mi

proyecto como si realmente se hubiera tomado el tiempo de estudiarlo.

—La oscuridad también puede contar una historia —dije.

—Precisamente por eso quería verla.

Sentí una curiosidad que me resistía a admitir. Aquel hombre no intentaba impresionarme con sus conocimientos técnicos. Había formulado una pregunta cuya respuesta le interesaba de verdad.

Bajé de la escalera y él retrocedió, dejándome espacio suficiente. Me fijé en aquel pequeño detalle, igual que en el hecho de que no hubiera extendido la mano para ayudarme sin preguntarme antes.

—Puedo enseñarle la iluminación —propuse—. Pero solo durante cinco minutos. Después tengo que terminar el montaje.

—Diez.

—Siete.

—¿Siempre es usted tan inflexible?

—Solo cuando alguien intenta negociar con mi tiempo.

Su mirada permaneció sobre mi rostro un poco más de lo que exigía la conversación.

—Siete minutos —aceptó.

Encendí los focos desde la consola situada junto a las bambalinas. El terciopelo azul marino se oscureció y una estrecha franja de luz ámbar apareció sobre el escenario. Mi imaginación siempre había estado llena de imágenes, pero solo entonces, de pie junto al hombre responsable de la música, sentí cómo aquellas imágenes podían llenarse de sonido.

Sergiusz subió al escenario y se detuvo en el lugar reservado para la solista.

—¿Aquí? —preguntó.

—Medio paso hacia la izquierda.

Se desplazó.

—¿Ahora?

—Perfecto.

Me miró. Desde aquella distancia, su rostro quedaba parcialmente en sombra, mientras la luz resaltaba la línea de su pómulo.

—Es una palabra muy precisa.

—No la utilizo a menudo.

—Me siento honrado.

Debería haber regresado al trabajo. En lugar de hacerlo, pasé varios segundos contemplando cómo un hombre al que conocía desde hacía menos de un cuarto de hora permanecía en medio del espacio que yo había creado y parecía encajar en él de una forma sorprendentemente natural.

Mi teléfono vibró.

En la pantalla apareció un mensaje de mi amiga Julia.

¿Te acuerdas de que mañana por la mañana tienes que ir a Varsovia? No intentes salvar el mundo entero a costa de ti misma.

Sonreí para mis adentros. Julia conocía mis peores costumbres. Durante los últimos años había aceptado encargos que nadie quería, corregido proyectos de personas mucho más conocidas que yo y tratado de convencerme de que bastaría con un esfuerzo más para que

alguien, por fin, se fijara en mi trabajo. La presentación del día siguiente tenía que ser el comienzo de algo diferente.

—Tengo que terminar —dije mientras apagaba las luces.

Sergiusz bajó del escenario.

—Mañana, a las nueve de la noche, me gustaría comprobar cómo funciona todo con la música.

—Mañana por la noche no estaré aquí.

—No nos llevará mucho tiempo.

—No he dicho que no tenga tiempo. He dicho que no estaré aquí.

Vi cómo apretaba los labios por un instante. No parecía ofendido. Más bien tenía la expresión de alguien que acababa de encontrar una limitación inesperada en una partitura que conocía perfectamente.

—Tengo un hueco libre entre ensayos —explicó—. Es el momento en que podemos trabajar con tranquilidad.

—Y yo tengo una reunión en Varsovia y no sé a qué hora regresaré.

—Quizá consiga llegar a tiempo.

No había arrogancia en su voz. Precisamente eso hacía más difícil rechazar su propuesta. Lo había dicho con una convicción tan natural que parecía considerar mi agenda una pieza flexible dentro de su planificación.

—No voy a prometer algo que no depende de mí.

Me observó durante unos instantes. Después asintió.

—Lo entiendo. Hablaremos mañana.

—Preferiblemente antes de las seis. Después puede que no esté disponible.

—Lo intentaré.

Aquella única palabra quedó suspendida entre nosotros mientras se volvía para recoger su americana.

Antes de marcharse, se detuvo junto a la puerta.

—¿Señorita Borek?

—¿Sí?

—Esa oscuridad realmente cuenta una historia. Yo no la cambiaría.

No esperaba que aquellas palabras me produjeran tanta satisfacción. Aparté la mirada hacia el telón para que no viera la sonrisa que había aparecido en mi rostro.

—Buenas noches, señor Wilk.

—Sergiusz.

—Buenas noches, Sergiusz.

La puerta se cerró suavemente.

Volví a subir a la escalera y ajusté el último punto de sujeción. El lado izquierdo del terciopelo finalmente quedó nivelado. Comprobé la hora. Era más tarde de lo que había previsto y, aun así, durante unos instantes fui incapaz de concentrarme en el trabajo.

Pensaba en su atención, en cómo había sabido encontrar el sentido de algo en lo que llevaba semanas trabajando. En aquella mirada donde el interés por mi proyecto se había mezclado inesperadamente con el interés por mí.

Y entonces recordé su propuesta.

Tengo un hueco libre entre ensayos.

Sabía cuánto me había costado construir mi propia vida. No quería volver a adaptarla a las necesidades de otra

persona solo porque alguien supiera hablar de mi trabajo de una manera hermosa.

Cuando apagué el último foco, en la sala vacía solo quedó el resplandor de una pequeña lámpara sobre el atril del director de orquesta.

Mientras la contemplaba, pensé en Sergiusz y me hice una pregunta para la que todavía no tenía respuesta.

¿Sería capaz un hombre que escuchaba la música con tanta atención de escucharme a mí con la misma atención?

Capítulo 1 - El tiempo que no voy a ceder

A las ocho y veintiséis de la mañana estaba frente a las puertas de cristal de un estudio de arquitectura de Varsovia, preguntándome si la mancha de café de mi blusa era lo bastante pequeña como para hacerla pasar por un detalle deliberado de mi atuendo. Cuatro horas de sueño, un viaje en el tren de primera hora y una bebida caliente que había terminado derramándome encima durante una frenada no componían precisamente el comienzo soñado para la reunión profesional más importante de mi vida.

Me arreglé el cuello de la americana utilizando el cristal como espejo. Mi teléfono vibró.

Era un mensaje de la coordinadora del festival.

Emma, Sergiusz pide que confirmes tu asistencia al ensayo de las 21:00. Avísame.

Lo leí dos veces. La noche anterior ya había explicado que no podía prometer mi regreso a una hora determinada. Tenía treinta y un años, mi propio negocio y suficiente experiencia para saber que las urgencias ajenas podían ocupar toda una agenda si una sola vez permitías que lo hicieran sin oponer resistencia.

Respondí que estaría disponible por teléfono después de las seis de la tarde, pero que no confirmaba mi asistencia. Después silencié las notificaciones y entré.

Hice la presentación ante cuatro personas que estudiaban mis visualizaciones con una contención estrictamente profesional. El proyecto correspondía al escenario de un nuevo teatro, donde unas paredes móviles permitirían transformar el espacio sin necesidad de bajar el telón. Había

preparado una maqueta, un presupuesto y una solución técnica para que dos personas pudieran desplazar los elementos en lugar de necesitar a todo un equipo de montaje. Fue precisamente ese detalle el que más interesó al comité.

—¿Ha diseñado antes un espacio de estas dimensiones? —preguntó la directora artística, Katarzyna Rudzka.

—No de manera independiente —respondí—. Pero durante seis años he desarrollado soluciones para producciones más grandes. Conozco las limitaciones de los equipos técnicos y sé dónde solemos complicarles la vida los diseñadores.

—¿Y cuál considera que es el mayor riesgo de su propuesta?

Señalé un punto de la maqueta.

—Esta unión. Si el contratista utiliza un mecanismo más barato, la pared comenzará a desplazarse de forma irregular. Por eso no he reducido el precio de ese componente en el presupuesto. Podría haberlo hecho para que la oferta pareciera más atractiva, pero entonces los estaría engañando desde el principio.

Por primera vez aquella mañana, Katarzyna sonrió.

La reunión duró casi dos horas. Cuando salí a la calle, todavía no sabía si conseguiría el contrato, pero sí sabía que no había rebajado mi valor más de lo que estaba dispuesta a aceptar. Y eso bastó para mejorarme el humor.

Julia contestó al segundo tono.

—¿Sigues viva?

—Probablemente. No me he tomado el pulso.

—¿Cómo ha ido?

—Bien. Incluso muy bien.

—Entonces, ¿por qué tienes voz de querer estrangular a alguien?

Me apoyé contra la pared del edificio.

—El festival. El director de orquesta quiere que vuelva esta noche para un ensayo.

—¿El del telón?

La noche anterior había terminado hablándole de Sergiusz, aunque mi intención inicial había sido limitarme a contarle que había acabado el montaje.

—El mismo.

—¿Es guapo?

—Julia.

—Eso no es una respuesta.

—Es interesante.

—Mucho peor.

Me eché a reír, pero la risa se interrumpió cuando apareció una llamada de un número desconocido. ¿Un teléfono fijo de Varsovia? No. Un móvil de Łódź.

—Luego te llamo —dije.

Contesté.

—Emma Borek.

—Sergiusz Wilk. Espero no molestarte.

Su voz era tan tranquila como la noche anterior. No esperaba reconocerla inmediatamente y, sin embargo, así fue.

—Acabo de terminar una reunión.

—¿Cómo ha ido?

La pregunta sonó sincera. Durante un instante me pregunté cómo sabía que aquella reunión era importante, hasta que recordé lo que yo misma le había contado sobre Varsovia.

—Prometedoramente. Gracias.

—En ese caso, enhorabuena por tu primer éxito.

—Todavía no me han dado una respuesta.

—A veces merece la pena celebrar algo antes de recibir todas las firmas.

De fondo escuchaba las notas lejanas de un piano y la voz de alguien contando compases.

—Supongo que no llamas únicamente para felicitarme.

—Me gustaría que vieras hoy un cambio. Hemos acortado la transición entre escenas. La iluminación tendrá que entrar antes.

—¿Cuánto antes?

—Once segundos.

—Once segundos pueden exigir una disposición completamente distinta del decorado.

—Lo sé. Por eso te necesito a ti.

Me sorprendió la sencillez de aquella frase. No había dicho que necesitara a alguien de escenografía. Había dicho que me necesitaba a mí.

—Tengo un tren después de las cinco —respondí—. Llegaré a Łódź antes de las siete, si no hay retrasos. Después tengo que recoger unos materiales del estudio.

—Empezamos a las nueve.

—Sergiusz, no he confirmado ese ensayo.

—Precisamente estoy intentando cambiar eso.

—Y yo estoy intentando explicarte que mi día no es una hoja en blanco.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. No duró mucho, pero sí lo suficiente para que pudiera imaginar su expresión.

—Tienes razón —dijo finalmente—. Debería haberte preguntado en lugar de darlo por hecho.

Aquello me desarmó con más eficacia que cualquier argumento.

—Envíame una grabación de ese fragmento y el horario actualizado. Revisaré qué podemos hacer sin que tenga que estar presente.

—Me importa contar con tu criterio sobre el escenario.

—Y a mí me importa tener fuerzas para trabajar mañana.

—Lo entiendo.

Otra vez aquellas palabras. Sin embargo, esta vez no dio por terminada la conversación.

—¿Puedo proponerte otra cosa? —preguntó.

—Te escucho.

—Iré antes a la sala. Si consigues llegar, veremos el cambio antes del ensayo. Si no, prepararé una grabación y podrás tomar la decisión por la mañana.

Consideré su propuesta durante unos instantes. No era perfecta, pero por primera vez contemplaba la posibilidad de que mi tiempo también tuviera límites.

—Así sí podemos hacerlo.

—Bien. ¿Y Emma?

—¿Sí?

—No quería restarle importancia a tu reunión.

No respondí inmediatamente. Había algo menos formal en su voz, como si hubiera dejado a un lado el papel del hombre encargado de dirigir a todo un equipo.

—Entonces, la próxima vez empieza por preguntar —dije con más suavidad.

—Intentaré recordarlo.

El tren de regreso a Łódź llegó con veintitrés minutos de retraso.

Cuando llegué a mi estudio, ya había oscurecido. Mi espacio ocupaba la planta baja de un antiguo edificio cerca de la calle Piotrkowska. No tenía una recepción elegante ni un enorme logotipo en la puerta. En cambio, contaba con ventanas altas, una mesa de trabajo cuya superficie estaba cubierta de marcas de cúteres de modelismo y estanterías repletas de muestras de tejidos. Cada centímetro de aquel lugar me pertenecía, aunque el banco me recordara regularmente su participación en el proyecto.

Recogí los elementos del decorado que tenía preparados y me senté un momento frente al escritorio. Encontré un mensaje de Katarzyna Rudzka.

Estimada Emma:

Le agradecemos su presentación. Nos gustaría pasar a la segunda fase de las conversaciones. ¿Podría preparar una documentación técnica preliminar para el próximo jueves?

Leí el correo y después volví a leerlo, esta vez más despacio.

No había conseguido el contrato. Todavía no. Pero mi nombre estaba en la lista de finalistas.

Marqué el número de Julia.

—Dime algo sensato antes de que haga alguna locura.

—¿Qué ha pasado?

—He pasado a la siguiente fase.

Su grito estuvo a punto de dejarme sorda.

—¡Lo sabía! ¡Emma, esto es enorme!

Sonreí en medio del estudio vacío. Solo cuando Julia comenzó a hacerme preguntas sobre los detalles me di cuenta de cuánto necesitaba compartir aquella noticia con alguien.

Hablamos durante un buen rato. Después miré la hora. Eran las ocho y cuarenta.

En la pantalla me esperaba un mensaje de Sergiusz.

Ya estoy aquí. Si no llegas a tiempo, no vengas expresamente. Te enviaré los materiales.

Lo leí sorprendida. Y entonces me di cuenta de que nunca antes había habido alguien esperándome en una sala de conciertos vacía únicamente para pensar conmigo en once segundos.

Le respondí que podía estar allí en veinte minutos.

No porque tuviera que hacerlo.

Sino porque quería.

Lo encontré junto al atril del director. La sala estaba casi a oscuras, iluminada únicamente por algunas lámparas técnicas. Sergiusz llevaba un jersey negro de cuello alto cuya tela suave resaltaba sus hombros anchos. La americana descansaba sobre una silla. Frente a él había una partitura abierta, llena de anotaciones de colores.

Levantó la cabeza cuando entré.

—Pensaba que no vendrías.

—Yo también.

No sonrió inmediatamente. Me observó durante unos instantes, como si quisiera asegurarse de que mi presencia realmente significaba que estaba dispuesta a colaborar.

—Gracias por encontrar un momento.

—Tengo cuarenta minutos.

—¿Has puesto el cronómetro?

—Casi.

Me fijé en dos vasos de cartón colocados junto al atril.

—He comprado té —dijo—. No sabía si tomabas café a estas horas.

—No. A menos que quiera pasarme la noche hasta las cuatro pensando en todos los errores que he cometido en mi vida.

—Entonces he acertado.

Me entregó un vaso. Olía a jengibre y limón. No era ningún gesto extraordinario y, sin embargo, me agradó que hubiera pensado en algo que no estaba directamente relacionado con el ensayo.

Extendí la documentación.

—Enséñame el cambio.

Sergiusz puso la grabación. Durante varios minutos escuché la música mientras observaba la secuencia de iluminación dibujada sobre el plano. En la tercera transición detuve la reproducción.

—No podemos acortar todo el movimiento del decorado —dije—. Los técnicos no llegarán a tiempo. Pero podemos empezarlo antes, cuando la solista todavía está en la sombra.

—Entonces se oirá el mecanismo.

—No, si cambiamos el orden. Primero desplazamos el panel derecho y después el izquierdo. El segundo ocultará al primero.

Sergiusz examinó el boceto.

—Funciona.

—Todavía no lo sabemos.

—Entiendo el principio.

—Y yo veo tres cosas que podrían salir mal.

—Entonces comprobemos las tres.

No intentó imponer su autoridad. No dijo que la música fuera más importante que la mecánica escénica. En su lugar, acercó una silla, se sentó a mi lado y empezó a escuchar.

Trabajamos juntos durante más de media hora. Yo le mostraba las limitaciones de la estructura y él me explicaba qué momentos musicales realmente necesitaban silencio. Al principio hablábamos deprisa y a veces nos interrumpíamos. Después nuestras ideas comenzaron a complementarse. Encontró un ritmo para desplazar el panel que yo no había considerado, y yo modifiqué el ángulo de una de las luces para reforzar su intención sin aumentar los costes.

Cuando terminamos, el reloj marcaba las nueve y cuarenta y ocho.

—Nos hemos pasado del tiempo —observó.

—Ocho minutos.

—¿Ha merecido la pena?

Miré el proyecto corregido. Después lo miré a él.

—Sí.

Sonrió con aquella sonrisa suya tan contenida.

—Tienes una manera extraordinaria de concebir el espacio, Emma.

—Y tú tratas el silencio como si fuera un instrumento.

—Porque lo es.

Durante unos instantes nos miramos sin decir nada. Entre nosotros había una mesa pequeña, dos vasos de té y algo que todavía no sabía cómo llamar. Su cercanía no resultaba invasiva. Sin embargo, bastó con que se inclinara sobre el dibujo para que percibiera un aroma a madera de cedro y ropa limpia.

Fui la primera en levantarme.

—Tengo que irme.

Sergiusz también se puso de pie.

—Te acompaño.

—No hace falta.

—Lo sé.

Lo dijo con tanta naturalidad que no encontré motivo para negarme.

Atravesamos el pasillo vacío. Junto a la salida se detuvo y miró mi teléfono, cuya pantalla acababa de iluminarse con otro mensaje.

—¿Importante?

—Mucho.

No giré la pantalla para ocultarla. Fui yo quien le contó que había pasado a la segunda fase de las conversaciones de Varsovia.

—Enhorabuena —respondió inmediatamente—. Parece que vas a tener una semana muy ocupada.

—Eso espero.

—Tendré que aprender a planificar nuestros encuentros con antelación.

Me sorprendió la palabra «nuestros». La pronunció sin vacilar.

—Puede que eso te resulte difícil —respondí.

—¿Por qué?

—Tengo la impresión de que estás acostumbrado a que el mundo se adapte a tu batuta.

Se rio suavemente.

—¿Y tú no piensas hacerlo?

—No.

Me observó durante un largo instante.

—Bien —dijo finalmente—. Entonces tendré que aprender algo nuevo.

En la calle caía una lluvia fina. Abrí mi paraguas antes de que pudiera ofrecerme ayuda.

—Buenas noches, Sergiusz.

—Buenas noches, Emma.

Me dirigí hacia el coche. No me volví enseguida, aunque tenía ganas. Solo al llegar al paso de peatones miré por encima del hombro.

Seguía allí, bajo la entrada.

Y esta vez no estaba esperando que confirmara mi asistencia a ningún ensayo.

Capítulo 2 - Espacio para dos voces

A la mañana siguiente me despertó el sonido de un correo entrante, no el despertador. Eran las siete y cuarenta. Permanecía tumbada en la cama con la sensación de haber cerrado los ojos apenas cinco minutos antes, aunque habían transcurrido casi siete horas. Al otro lado de la ventana, la luz de noviembre se filtraba tímidamente entre las cortinas, como si ni siquiera ella estuviera segura de que mereciera la pena empezar el día.

El mensaje venía de Varsovia. Katarzyna Rudzka había enviado los requisitos detallados para la segunda fase del proyecto. Siete páginas de documentación, tres variantes del presupuesto, un análisis de seguridad y un plazo que no admitía aplazamientos.

Me incorporé en la cama y empecé a leer.

A mitad de la segunda página comprendí que los días siguientes exigirían toda mi concentración. No se trataba de un encargo cualquiera. Si conseguía aquel contrato, podría contratar de manera permanente a una segunda persona para el estudio. Quizá por fin dejaría de rechazar proyectos más grandes únicamente porque no tenía suficientes manos para realizarlos.

A las nueve llamó Julia.

—Espero que estés durmiendo.

—Entonces no deberías llamar.

—¿Qué tal ayer?

Abrí el portátil.

—Corregimos la transición escénica. Ahorramos once segundos sin aumentar los costes.

—Fascinante. ¿Y el director de orquesta?

—Estuvo allí.

—Emma.

Suspiré.

—Es inteligente. Escucha. Sabe reconocer cuando alguien tiene razón. Y tiene la irritante costumbre de mirarte como si quisiera recordar cada una de tus palabras.

—O sea, que te gusta.

—No he dicho eso.

—No hacía falta.

Julia me conocía lo bastante bien como para reconocer los momentos en los que intentaba convertir las emociones en un análisis técnico. Llevaba mucho tiempo haciéndolo. Me resultaba más fácil hablar de sentimientos cuando podía presentarlos como un problema que necesitaba solución.

—Tengo muchísimo trabajo —dije.

—Los hombres guapos no tienen por qué convertirse en otro empleo a jornada completa.

—No conoces a Sergiusz.

—¿Y tú sí?

Aquella pregunta permaneció conmigo después de terminar la conversación.

Llegué a la sala del festival por la tarde. En el escenario se estaba realizando un ensayo técnico y los pasillos estaban llenos de voces de músicos, del roce de los estuches de instrumentos y del característico olor a café de máquina. Los organizadores se movían deprisa, cada uno con un teléfono

en la mano, como si el éxito de todo el acontecimiento dependiera de la velocidad a la que caminaran.

Junto a la entrada me esperaba la coordinadora de producción, Marta Lis.

—Menos mal que has venido. Tenemos que organizar los próximos días.

Me condujo hasta una habitación pequeña donde había varios horarios impresos sobre una mesa.

—Sergiusz quiere otras dos sesiones nocturnas con escenografía —anunció.

Examiné la tabla.

—¿El miércoles y el jueves?

—Sí.

—El jueves tengo que entregar la documentación para Varsovia.

Marta hizo una mueca.

—Eso podría ser un problema.

—No necesariamente. Podemos hacer la revisión técnica el miércoles y el jueves trabajar con una grabación.

—Sergiusz prefiere verlo todo en directo.

—Lo entiendo. Pero mis obligaciones no terminan en este festival.

Marta me miró con una mezcla de comprensión y cansancio.

—Habla con él directamente. No quiero estar en medio de vosotros.

—¿Por un asunto de horarios?